



Jorge Edwards: "Las Máscaras"

Por IGNACIO VALENTE

La semana pasada, a propósito de una novela representativa, lamentaba yo ciertos caracteres extraños en el género en Chile: un velo a ras del suelo, una acumulación de pinceladas verdaderas y tipismos fáciles, un abstraje exterior y casi abstracto de personas y situaciones... En suma, un realismo epifórico que se cierra, otros límites más íntimos y específicamente literarios a la realidad: las exploraciones de la imaginación, las experiencias de la palabra, los planteamientos existenciales, todo lo que —a través del verbo y la imagen— realmente la merced, de la realidad dada, para crear narrativamente nuestra posibilidad de ser.

Hoy me asombra que este diagnóstico negativo —por fuerza abstracto— pueda en apariencia aplicarse a una obra que, sin embargo, tiene una calidad literaria indudable. Se trata de la última colección de cuentos de Jorge Edwards, editada por Selva Barral bajo el nombre de "Las Máscaras". De estos relatos no puede decirse que sean prodios de fantasía creadora, ni que acusen el peso de situaciones dadas, ni que abren por el lenguaje alguna transfiguración de una materialidad de experiencia. Al contrario, parecen regocijarse de las fuerzas más grises y epifóricas de la realidad dada, para seguirles con fidelísima exactitud hasta un desenlace intrascendente y cerrado sobre sí mismo.

Sea embargo, dos de estos cuentos son magníficos —el primero y el último—, y los demás tienen todos una altura digna y aun notable, que los sitúa en la cumbre actual de nuestra narrativa. ¿Cómo consiguen esta calidad, dentro de un esquema que parece empobrecedor o aún sofocante?

Sería poco aludir al oficio de Jorge Edwards, a su dominio del ritmo narrativo, del diálogo, del monólogo, de los estilos cronológicos que práctica con moderación, de otros recursos semejantes. Con estos solos elementos no se abra de la nada —de esta nada, de estas situaciones, de planteamientos íntimos, de impresiones efímeras, como hizo Edwards— unos cuentos sólidos y espléndidos, que se tienen en pie y viven con vida propia. Hay algo más en su procedimiento.

Me parece que este narrador, a pesar de la apariencia fotográfica y pasiva de su prosa, es en extremo esencial, elusivo, cruzado, sugerente. Lejos de estar decorados, sufre atmósferas con economía exactitud. Lejos de agitar apocálipos bazmanti, ecstáticos o psicodélicos, persigue con sabias pinceladas los rasgos esenciales de un carácter o una relación.

Desde luego, define a las personas a través de su devenir físico

—narrativamente—, nunca por categorías exteriores o convencionales o ideológicas. Y al se trata de personajes grises y pasivos, esta inercia de su materia humana es creada activamente en el relato, no recibida como un préstamo muerto de la realidad.

Se trata, pues, de una creación medida y estilizada. La selección del análisis, del psicologuismo, de la morosidad introspectiva u ornamental, está bien sujeta a una voluntad que sabe lo que quiere en cada cuento. El autor no se detiene de la situación; no abstrae, no generaliza, no prueba ni comprueba. Simplemente desarrolla situaciones; y lo hace en torno a un eje sencillo, un sentimiento, una atmósfera: es un narrador nato.

Hay un rigor de estilo, de control, de selección en estos cuentos. Ellos no están hechos con la dispersión o la ordenada caídas de las cosas dadas; meros aún con la unidad simplificada o íntima de lo abstracto o de lo típico. Están hechos de nada, de lo imponderable de una situación, del hilo conductor de una atmósfera; de un gramo de arena donde el ojo ciego del escritor debía un mundo. ¿Qué hay detrás de cuentos como "Después de la procesión" o "El orden de las máscaras"? Un clima, un sentimiento, una desoladísima anécdota que se sería nada en sí misma, al margen de su desarrollo literario; que vive sólo en y por su despliegue narrativo.

Para decirlo, el autor sume una distancia cerebral y extrema en relación a su materia. No es elástico, no dramático, no irrumpe en medio de sus crisis. Demuestra exterior, las objetiva y las mueve desde lejos, administrando con frías manos de ironía, de ternura, de temor, de tragedia que su tratamiento literario pide. Esta distancia introduce una moderación muy inteligente, casi grisácea —pero artísticamente eficaz— en sus relatos.

Jorge Edwards es un narrador hondamente chileno, que ha extremado las ventajas y poco a poco vence las inconveniencias de esta condición. No me refiero, claro está, a ningún idioma exterior, francés o adjetivo, sino a la intimidad de su estilo. Más talento que genio, más observación que fantasía; trabajo serio y profesional; moderación en todo sentido; carencia de extremos, módicos conflictos, densa predominancia de lo blanco y negro; suave suspenso de lo gris, dibujo paciente y eficaz en blanco y negro.

Edwards avanza con seguridad en la correcta destilación artística de estas fuerzas nucleares, con que otros narradores se envuelven; y prueba que de sus ingredientes más ambíguos y melancólicos puede sacarse también un notable partido literario.

1968

El Hecucario
21.X
Santiago

Jorge Edwards: "las máscaras" [artículo] Ignacio Valente.

Libros y documentos

AUTORÍA

Valente, Ignacio, 1936-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1968

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Jorge Edwards: "las máscaras" [artículo] Ignacio Valente.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile